

día anterior se le había dicho que la Princesa Carlota había fallecido, y esta noticia le hizo llorar, á la vez que daba gracias á Dios por haberle concedido así una nueva energía para afrontar la muerte. (1)

El ministro francés Mr. Danó, que fué otro de los ministros extranjeros que no se presentaron en Querétaro, procedió de esa manera, según despacho del Barón Lago, porque temía un atropello para la Legación, y envió en su lugar cerca del Emperador prisionero á Mr. Forest, ex-consul en Mazatlán. También afirma el Barón de Lago en despacho dirigido á su gobierno el 25 de Julio, que Mr. Danó, ministro francés, había hecho por su parte todo lo posible para salvar la vida del Emperador.

Levantado Maximiliano en el tan impacientemente esperado día 19 de Junio á las tres y media de la mañana, se vistió con esmero, poniéndose saco azul, pantalón y chaleco negros y un pequeño sombrero de fieltro. A las cuatro se presentó el Padre Soria de quien Maximiliano había recibido ya los sacramentos, y á las cinco celebró la misa en el altar que para el efecto fué levantado en el nicho que estaba frente al cuarto del preso. Hizo Maximiliano al Doctor Basch algunos encargos, le dió recuerdos para los amigos y á los tres cuartos para las seis almorzó.

A esta hora, el sepulcral silencio de la prisión de Capuchinas fué interrumpido por el ruido que produjo la caballería que llegada al trote, encargada de escoltar á los sentenciados.

Al sonar las seis se presentó en la prisión el oficial que debía comunicar á los reos que la hora fatal había llegado y conducirlos al patíbulo; antes de que este oficial hubiera hablado le dijo Maximiliano, caminando hacia la puerta:

—Estoy listo.

Salió de la celda entre algunos de sus criados que llorando le besaban las manos.

(1) Además de las cartas que Maximiliano dejó escritas para sus cuatro defensores, hubo una para el Sr. Juárez, concebida en estos términos:

Al Sr. Benito Juárez.

Próximo á morir por haber queri lo intentar si, por nuevas instituciones políticas, podría poner término á la sangrienta guerra civil que por tantos años ha arruinado á este infortunado país, haré con satisfacción el sacrificio de mi vida, si este sacrificio pudiera contribuir á la paz y á la prosperidad de mi nueva Patria.

Intimamente convencido de que nada sólido puede fundarse en un suelo regado con sangre, y agitado con violentos sacudimientos, os conjuro de la manera más solemne, y con la sinceridad que me inspiran los últimos momentos que me quedan de vida, á que no hagais correr más sangre que la mía. Os conjuro también á emplear esa perseverancia que he sabido reconocer y alabar en medio de mi prosperidad, y con la cual habeis defendido una causa que triunfa hoy, á la noble tarea de reconciliar los espíritus, á fin de poder fundar de una manera estable y duradera la paz y la tranquilidad en este desventurado país.

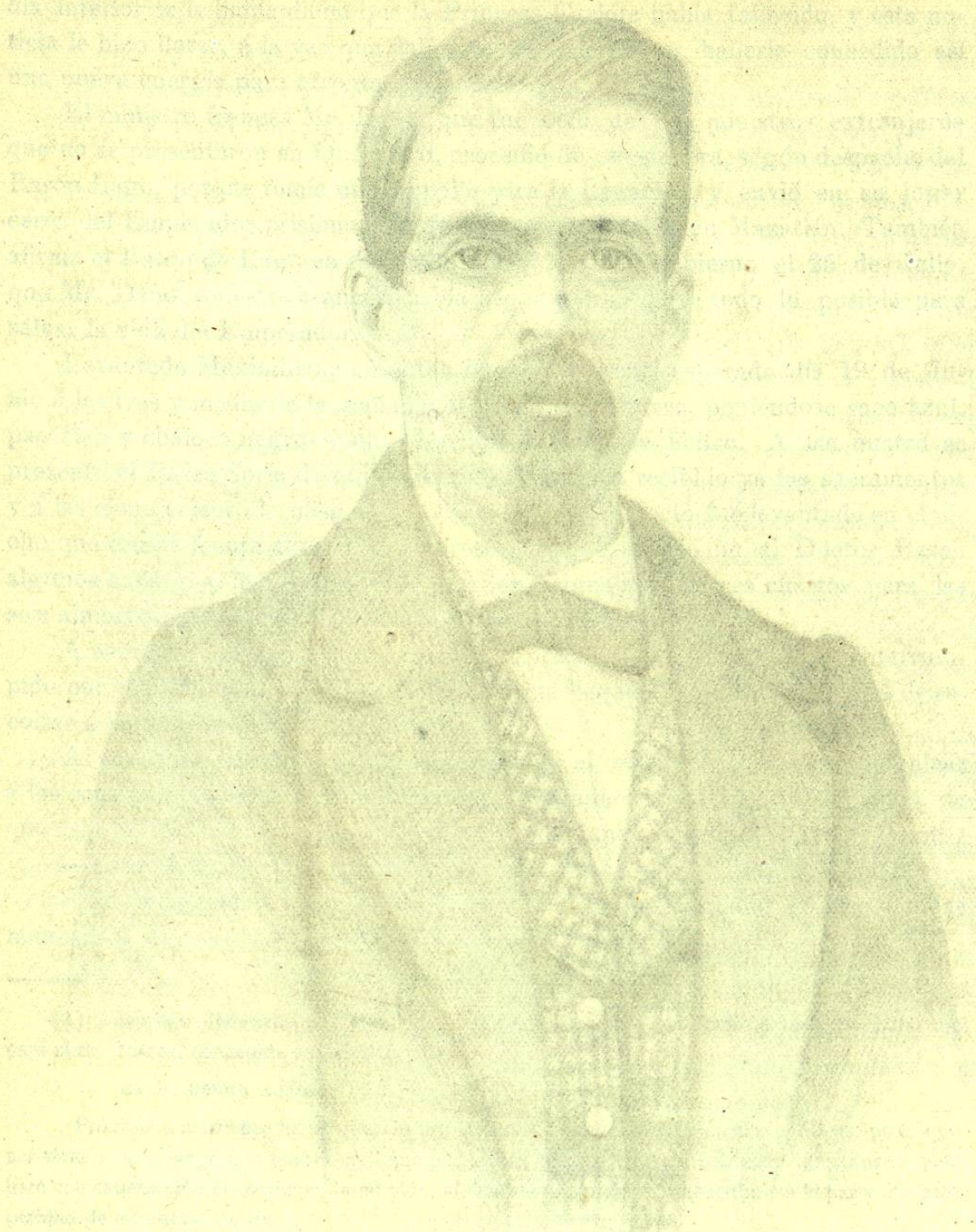
MAXIMILIANO.



General Francisco A. Vélaz.

El general Vélaz fué uno de los jefes que penetraron á Querétaro la madrugada del 15 de Mayo con los batallones Supremos Poderes y Nuevo León, y sin ruido se apoderaron de la artillería formada en la plaza de la Cruz, de los almacenes del parque y de las obras que por aquel lado había; y desarmaron y pusieron presos á los grupos de imperialistas que sorprendían, impidiéndoles toda resistencia. Al mando del general Vélaz fueron las tres columnas de ataque formadas con aquellos batallones; conducidas sobre la flecha del panteón de la Cruz, atravesando un terreno obstruido por obstáculos formados con espinos y ramas que hacían muy difícil el paso Vélaz fué comisionado por el general Escobedo, para que en unión del comandante de ingenieros Braulio Franco y del teniente coronel Agustín Lozano, vigilaran de cerca á López, con orden de que á los primeros disparos que hiciera el enemigo, levantaran á López la tapa de los sesos.





El general Velazquez, jefe de la fuerza que se dirigió a Querétaro en noviembre de 1867. En la foto se le ve con el uniforme de general de división, con el collar de la Orden de Guadalupe y el collar de la Orden de San Fernando. La foto fue tomada en el cuartel de San Juan de los Rios, en Querétaro, en 1867.

—Cálmense Ustedes, les dijo, ya ven que yo lo estoy. Es la voluntad de Dios que muera ya y contra ella no nos podemos oponer.

Dirigióse á la celda donde estaban los otros dos prisioneros y les dijo:

—¿Están Ustedes listos, señores? Ya yo lo estoy.

Miramón y Mejía se adelantan y les da un abrazo. Mejía se muestra triste y cabizbajo, á causa de la debilidad que le ocasionara el mal estado de su salud. Los tres bajan las escaleras, yendo Maximiliano por delante con paso firme, después de haberse despedido de sus abogados. Al llegar á la calle miró al derredor y exhalando profundo suspiro, exclamó: “¡Ah, qué espléndido día! ¡Siempre he deseado morir en un día como este!” Subió al coche más próximo seguido del Padre Soria, siendo los tres carruajes de sitio, y señalado aquel con el número diez; cada uno de los otros dos reos, acompañado también de un sacerdote subió á un coche, y se puso en marcha la comitiva para el cerro de las Campanas, bastante retirado del convento de las Capuchinas.

Al rededor de los coches que formaban aquella fúnebre procesión, iban cazadores de Galeana, á la vanguardia el batallón de Supremos Poderes y á retaguardia el de Nuevo Leon, escogido para ejecutar la sentencia. El cortejo fúnebre fué encontrado por una mujer que presentaba señales de trastorno mental, desgreñada, desnudo el seno, llevaba en los brazos un niño y pedía á gritos perdón para su esposo Don Tomás Mejía, quien al presenciar tan doloroso espectáculo cayó en profundo abatimiento.

La multitud, ansiosa por presenciar la marcha del fúnebre convoy, se agolpaba en las aceras, manifestándose en muchos semblantes el dolor; al pasar los sentenciados se descubrían las cabezas los espectadores; los balcones, las ventanas y puertas, en la extensa vía que conduce de las Capuchinas á la llanura, en que se yergue el Cerro de las Campanas, estaban cubiertas por la muchedumbre que ansiaba satisfacer su curiosidad ó dar el supremo adiós á los sentenciados que iban al patíbulo. Durante la media hora que empleó la comitiva en su marcha, parecía paralizada la vida de la ciudad cuyo pesado silencio era interrumpido solamente por el ruido de los coches, las pisadas resonantes de los caballos, ciertos gemidos que salían de entre la multitud y las plegarias que pronunciaban los sacerdotes al lado de los reos, presentándoles la imagen de Cristo para que la abrazaran y también por el monótono y lúgubre clamoreo de las campanas de los templos.

A las seis y media de la mañana Maximiliano y sus dos generales llegaron al Cerro de las Campanas, donde cuatro mil hombres formaban el cuadro en la parte occidental de la colina; veíanse allí tres cruces que indicaban los lugares del suplicio.

Al detenerse en el cerro de las Campanas, había saltado Maximiliano por la portezuela del coche no pudiendo abrirla pronto, y encontrando á su lado al criado húngaro Tudos, le dijo con amargura:

—¿Nadie más ha venido aquí?